

El agente secreto Jaime Abondano, expulsado de una Agencia del Estado por dejar su revólver en una casa de empeño, ahora está al servicio de una compañía privada de seguridad. Abondano es la némesis de James Bond tanto física como profesionalmente: está del lado de Torrente, el personaje interpretado en cine por Santiago Segura. Pero *008 contra Sancocho* es, por más de tres décadas, anterior a *Torrente*, *el brazo tonto de la ley*. Fue escrita por Hernán Hoyos, quien vendió cantidades envidiables de libros gracias a su propia gestión editorial y comercial, a comienzos de los setenta. Hoyos, además de ganarse la vida con un puñado de actividades mundanas ajenas a la literatura, escribió decenas de *pulps* eróticos y este volumen dedicado a Jaime Abondano, el agente 008.

008 tiene prosa tallada a machete y cierta ingenuidad argumental, pero es un libro ameno, políticamente incorrecto, con tintes de humor surrealista y personajes hilarantes, con escenas de sexo bizarro y bufo (en grupo, con animales, con retrasadas mentales, una muestra muy gráfica de «ortografía», un largo trencito, curas rijosos, coprofilia...). Me alegra que tenga una segunda oportunidad con esta nueva edición, lo merece.

Antonio García Ángel

el fakir

LIBROS IMPRESOS y DIGITALES

www.fakirediciones.com

008 contra Sancocho

© Hernán Hoyos

Primera edición abril 2015

Segunda edición: marzo 2017

Todos los derechos reservados

ISBN-978-9942-8562-0-3

Portada y diseño de Rara Avis: Carlos Villarreal Kwasek

Diseño y diagramación de interiores: Ernesto Proaño Vinueza

Impresión: V&M Gráficas

Quito, Ecuador

2017

008 contra Sancocho

Hernán Hoyos

el fakir

Índice

| | |
|------------------------|-----|
| El día decisivo | 11 |
| Con la agencia rescate | 23 |
| Alí Ben Hamiar | 29 |
| ¿Contrabando? | 69 |
| Sabotaje | 91 |
| Guardaespaldas | 121 |
| Diamantes sempiternos | 137 |
| Invitado especial | 147 |
| El misterio del Liceo | 167 |
| Don Finger Echeverri | 181 |
| Camino de la venganza | 199 |
| Epílogo | 203 |

EL DÍA DECISIVO

Resolución N° 032 de febrero de 196...

Por la cual se suspende del cargo al agente secreto 008, Sr. Jaime Abondano.


El comandante del MAS, considerando:

1. Que el día 14 de febrero de 196... se hizo revisión de armamento de dotación oficial.
2. Que el agente 008 no presentó su pistola Beretta de servicio, alegando haberla olvidado.
3. Que esculcados los bolsillos del agente 008 se encontró boleta de empeño n° 2222 de la Prendería Belmonte, boleta que amparaba una pistola de dotación oficial Beretta, del mismo número que la asignada al agente.
4. Que el agente 008 posteriormente no supo dar explicación al respecto.

Resuelve:


Artículo único.- Declárase suspendido del cargo al Agente Secreto 008 Sr. Jaime Abondano.

Dado en Cali a los 17 días del mes de febrero de 196...




Jaime Abondano terminó de leer la copia de la resolución y la guardó sin doblar en el bolsillo interior de su chaqueta larga, color verde oliva, mientras sus ojos fríos e inquisidores se posaron sobre las caderas de una negra que pasaba por el andén.

Bajo su sombrero de ala angosta sobresalían unos cachetes redondos e inflados, síntoma de crueldad; un bigotito mosca, característica de audacia, y un lunar de pelos en la barbilla lampiña que indica al individuo capaz de pensar en varias cosas a la vez. Sus miradas oblicuas escrutaron el trasero de la negra hasta que se perdió en la oscuridad. Y enseguida el exagente del Servicio de Inteligencia avanzó hacia la fuente de soda de la esquina.



Caminaba a pasos cortos, propios del hombre cauteloso, y sus posaderas, amplias y flojas, indicativas de inteligencia flexible y personalidad, llevaban el compás.



El exagente Abondano tomó asiento en una mesita exterior y pidió un aguardiente doble.

Era martes y el establecimiento estaba casi desierto.

008 comenzó a acariciar la copita de licor y dejó que sus pensamientos vagaran a sus anchas. Estaba sin trabajo y sin dinero. Cinco años al servicio desinteresado del Municipio Administrativo de Seguridad (MAS) se esfumaban ahora por una simpleza, por un detalle sin valor alguno. Una miserable boleta de empeño pesaba

más para el Gobierno que los sacrificios y el espíritu de servicio de un hombre leal.

¿Qué hacer ahora? ¿Qué rumbo tomar?

Ante todo, nada de ideales. Absolutamente nada. Los hampones, los contrabandistas, los bandoleros, perderían para siempre un temible enemigo. En este país no valían la pena el sacrificio por la comunidad ni el espíritu cívico. Liquidaría para siempre su etapa de quijotismo.

008 se echó a la garganta, de un golpe, el contenido de su copita. Sus pensamientos se enrumbaron hacia la nueva actividad que tendría que hallar.

¿Una acreditada panadería? ¿Una cafetería que ofreciera auténticos tamales vallecaucanos?

Pidió otro aguardiente doble y siguió pensando. Una sirvienta rechoncha pasó muy cerca de él, pero ya el exigente Abondano estaba demasiado ausente para advertirla. Y, también, para advertir al grupo de hombres que avanzaba en silencio por la desierta avenida, con pasos elásticos y miradas siniestras. Eran ocho individuos con mocasines, bluyines y pavorosas camisetas aún más espantables en las sombras de la noche. Uno moreno, de anchas espaldas y rebelde cabello indio, iba a la cabeza con las cejas fruncidas y paso decidido, luciendo una camiseta negra con un letrero en letras rojas que decía: «Yo Soy Malo». El siguiente usaba una camiseta amarilla con letras negras que rezaban «Yo También» y, el último del grupo, una

camiseta de color indefinible con letras fosforescentes que gritaban «Yo Soy Pior».

Los otros llevaban en sus camisetas tigres con las fauces abiertas, caras de tiburones enseñando las peligrosas sierras dentadas y cabezas de leones.

El grupo se detuvo en la esquina del Estadio Pascual Guerrero, y con las manos en las caderas se dedicaron a estudiar el patio. Un bobo vendedor de melcochas que había sido atracado la noche anterior se echó a las espaldas su cajón de dulces y emprendió la fuga. El viejito de la tienda del garaje cerró apresuradamente. Dos noches antes había perdido todo su aguardiente y tres cartones de cigarrillos Pielroja.

El comandante indio clavó su mirada en la fuente de soda, había tres mesas ocupadas. En dos, bebían gaseosas cinco o seis robustos deportistas que acababan de salir de su entrenamiento. En la otra el exagente meditaba. El jefe indio hizo señas al del letrero «Yo Soy Pior», quien entendió de inmediato. Se destacó del grupo meneando las caderas y la larga melena. Sobre su pecho delgado lucía cadena y medallón y su fina cintura estaba ceñida por un ancho cinturón de descomunal hebilla. Ondulando, «el pior» entró al recinto exterior del establecimiento y se paseó entre las mesas para mirar disimuladamente a los seis atletas y a 008. Después regresó a su base.

El jefe indio lo esperaba con las manos en la cintura.

—¿Y? —preguntó ásperamente.

—Los de la mesa de allá son unos manes cuajadísimos y muy pintas, parecen levantadores de pesas. Uno es igualito a Burt Lancaster y el otro a Alain Delon.

—¿Y el de la otra mesa? —inquirió el jefe.

—Ese es un gordito manteco, mal vestido y chiquito. No puede con nadie. Además es feo.

El jefe reflexionó.

—Toca esperar a que lo dejen solo —comentó lúgubremente.

La suerte estaba echada. Se quedaron inmóviles, lanzando tétricas miradas a la avenida, a los escasos transeúntes, a 008, quién, inocente, había pedido su tercer aguardiente doble y seguía reflexionando.

Pasaban los minutos. Los seis levantadores de pesas se irguieron, pagaron y salieron caminando pesadamente con un balanceo.

—¿Qué música tienen allí? —inquirió roncamente el jefe indio.

—Hay un *longplay* muy legal con la música de West Side Story —dijo el pior —,está toda la pelea de los patios, cuando llega la policía a lo último y los muchachos se escapan— terminó con una vocecita dulzarrona.

—Vos gorila, enfierras al dueño y le hacés poner el disco. Yo inicio al man. Ustedes se sientan mientras

tanto. Apenas el man reaccione, ustedes entran. Hagan buen trabajo. Mucho envase roto, salto alto sobre las mesas, buen grito, grito fino. De vidrieras no debe quedar nada. Al man, duro. Hay que destrozarlo. Bastante sangre, y dejarlo en posición legal: boca arriba sobre una mesa, con las manos y las piernas abiertas. Al dueño hay que dejarlo muy asustado, asustadísimo, pálido, boquiabierto. Yo le doy la cachetada final. Enseguida, desaparecer. Una desaparición bien chévere: silenciosa —arte, mucho arte —hacia varias direcciones —el jefe hizo una pausa—. ¡Adelante!

El temerario grupo cruzó la avenida y entró al establecimiento con saltos sobre el muro y miradas relampagueantes.

Abondano seguía pensativo. Era la única persona allí presente, fuera del dueño. La banda se estableció ruidosamente en las mesas vecinas a 008. Este ni siquiera levantó los ojos. El gorila fue hasta la barra. El dueño, un cincuentón mal afeitado, ventrudo y con anteojos, estaba acomodando los discos.

El gorila, un mestizo de labios protuberantes y bíceps poderosos, se aproximó al dueño. Este levantó los ojos y le envió una mirada indiferente. El gorila saltó sobre la barra. El dueño, ahora, lo miró con extrañeza. El gorila caminó lentamente con las manos en los bolsillos y juntó su estómago plano contra el voluminoso y flojo del dueño, quien abrió la boca pero no fue capaz de decir nada. Un «clic» trágico y un brillo

en la derecha del gorila anunciaron la pavorosa navaja automática.

—Este es una atraco anciano... me imagino que usted va a portarse bien... ¿eh? Posiblemente usted quiera volver mañana aquí a vender cerveza, ¿verdad? ¿O prefiere trasladarse a la primera con veintiocho, gastos por cuenta de sus herederos? —pronunció el gorila roncamente mientras permanecía en éxtasis ante sus propias palabras, satisfecho de su perfecta asimilación. Había tomado las palabras de «Juventud enloquecida», película mexicana de gran éxito en la sala de su barrio.

El pobre dueño siguió mudo.

—Qué... qué... quie... quie... quieren... quieren... —musitó.

—Así me gusta viejito... bueno... para empezar... ¿Tiene entre sus discos, el tema de la película «West Side Story»?

—S... s... sí... —gimió.

—Bien anciano... póngalo... pero ligero, ligerísimo, que yo conozco gente que se ha muerto por ser demasiado lenta... —e hizo un pase con su navaja automática.

El dueño buscó temblorosamente entre los discos y puso lo pedido.

—Más volumen anciano...

La música del popular filme acabó con el silencio. El gorila se dirigió al teléfono y cortó el cable de un solo tajo.

El jefe indio se había aproximado a 008. Retiró una silla de la mesa y se sentó sin pedir permiso. El agente Abondano salió de sus reflexiones y lo miró.

—Qué tal gordito...

008 no contestó. Sus ojillos recorrieron rápidamente el vecindario.

—¿Está bueno el aguardiente? —y el jefe indio retiró la copita de 008 y se la sopló de un empujón. Luego hizo chasquear la lengua.

008 estudió el ambiente con otra mirada. Tenía que ser práctico. Dio dos palmetazos y gritó:

—¡La cuenta!

Ah, quién hubiera tenido una Beretta con el proveedor lleno... —tragó grueso.

Nadie vino con la cuenta.

—¡La cuenta! —gritó 008 otra vez.

Y nadie vino.

Entonces se levantó.

—¿Es que no le gustamos gordito? —dijo jefe con una sonrisa mientras agarraba la corbata del agente y con un fuerte tirón lo hacía sentar.

008 comenzó a toser congestionado y trató de zafarse. Pero el jefe indio no lo soltaba. Entonces 008 lanzó por debajo de la mesa un par de puntapiés vigorosos a las espinillas del jefe indio con sus zapatos de gruesa suela. El jefe indio emitió un grito de dolor y soltó la corbata. 008 se levantó y lo empujó encima de la mesa, pero ya estaba perdido. Los pandilleros daban saltos descomunales sobre las mesas y estrellaban botellas y vasos. Le cayeron como una nube de moscas.

008 alcanzó a manotear dos o tres veces, sus gordas piernas lanzaron otro par de puntapiés pero una lluvia de golpes sobre su calva, su espalda redonda y sus brazos, lo hicieron caer de bruces. Los golpes siguieron menudeando, ahora sobre sus amplias posaderas, ahora sobre sus muslos.

El jefe indio, quien todavía se sobaba las espinillas, vino cojeando y dijo con voz de odio y dolor:

—Párenlo... y déjenmelo a mí...

Tres pandilleros pusieron en pie al agente. Estaba semi-inconsciente, sangrando por boca y narices y tuvieron que sostenerlo. El jefe indio se le aproximó y 008 le escupió la cara con el más decantado estilo neoyorquino, a saber: una ceja levantada, el ojo izquierdo casi cerrado, la cabeza ladeada y las manos en las caderas.

—Aquí estoy, bien cerca... manteco inmundito... patéame de nuevo...

Los ojos de 008, adormecidos, se reanimaron ligeramente. A lo que el jefe indio le disparó varias brutales cachetadas a izquierda y derecha en forma altamente dramática.

—Está listo. Colóquenlo adentro —dijo el jefe indio.


Lo cargaron en vilo ante los ojos aterrorizados del dueño. El gorila seguía amenazando a este con su navaja. El agente Abondano fue depositado de espaldas sobre una mesa. Con los brazos y las piernas abiertas, los ojos volteados, la cara sangrante. En seguida le aflojaron la correa y, a tirones, lo despojaron de los pantalones. A la vista de los pandilleros aparecieron dos robustos muslos, sin vellosidad, pudorosamente ocultos por largos y anchos calzoncillos. Le quitaron los zapatos también.

Y luego, entre gritos bastante bien logrados, que habían acondicionado de la película «Motocicletas del terror», la pandilla armada de asientos metálicos, comenzó a destrozar las vidrieras, la barra, todo menos el tocadiscos para que no cesara de sonar la dramática melodía de «West Side Story».

El dueño, pálido, con los ojos dilatados, respirando agitadamente, vio cómo destruían su negocio.

El jefe indio, con las manos en las caderas, observaba actuar a sus hombres.

El «pior» comenzó a dar ágiles pasos de ballet al compás de la música, y a cada estruendo de las botellas



al estrellarse contra el piso, daba un salto. Luego, vibrando en las puntas de los pies, llegó hasta el jefe indio y ante los ojos espantados del dueño, dio la espalda al jefe y se agachó repetidas veces mostrándole el trasero. Solo el jefe indio comprendió el misterioso mensaje.